

GEOLOGIA Y MITOLOGIA DE LA SABANA

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Como cumplía a su linaje y destino, la señorial Santa Fe de las Indias Occidentales nació en los días imperiales de Carlos Quinto de Alemania y Primero de España, y en la cristiana fecha litúrgica de la Transfiguración del Señor de cielos y tierra: 6 de agosto de 1538. Allí donde campea la Plaza de Bolívar, con la Basílica Mayor al Oriente y el Capitolio Nacional al Sur, el señor Licenciado-Conquistador-Adelantado y Mariscal don Gonzalo Jiménez de Quesada detuvo sus huestes aquel día; bajó del batallador cuartago; blandió la ancha tizona; dio tres tajos sobre el terreno y ordenó construir para sus hombres doce grandes albergues. En medio de estos, dominándolos, hizo levantar otro, de forma y condición especiales: la morada de Dios. Allí por primera vez bajo el firmamento colombiano fray Domingo de Las Casas elevó la Hostia Sacrosanta. Todo se hizo en señal y prueba de fundación.

De aquel linajudo caballero, granadino de la España y fundador nuestro, cronistas mayores y menores dicen que era de un tan noble talento como talante, de cultivado intelecto, de grande valentía, de sagacidad consumada. Debíó ser así, pues “si por sus frutos los conoceréis”, aquí está su obra. A tres y media centurias de aquellos días de gesta y gestación, uno de los más gratos y mejores cronistas de Santa Fe y Bogotá venía diciendo: “Quesada fue el verdadero fundador de nuestro país: a él debemos religión, idioma, civilización y patria; él echó los cimientos de esta ciudad que, andando los tiempos, será por su parte material lo que ya es por el cultivo de la inteligencia”.

La altiplanicie andina, llamada por secular antonomasia *la Sabana*, asiento de la ciudad, cantada ha sido en número y letras. El Barón de Humboldt la exaltó a 2.650 metros sobre el nivel del mar; la perfiló en unas cuarenta leguas cuadradas, y la inscribió en el libro de las ciencias como dueña de maravillas y tesoros, a saber: el imponente salto de Tequendama; un vasto depósito paleontológico llamado *Campo de los Gigantes*; gruesos yacimientos de hulla y montes de sal gema más altos que “el Brocken y el Schneekoppe” superpuestos, según la textual ponderación del Señor Barón cuando hace la descripción de la *Sabana* para un capítulo de sus monumentales obras sobre la *Geología del Nuevo Mundo*.

Líricamente su Arcipreste irremplazado ha sido un personaje cervantino de nombre y de pluma —don Tomás Rueda Vargas, que la cortejó y acabó de ataviarla en prosa de buen amor suma de embeleso, donaire y potestad.

El archifamoso prusiano delineó la cuna geológica de ella en bronca terminología científica de areniscas y calcáreos y demás fenomenología geognóstica. Para él, con lógica fatal, había de resultar que “El aspecto general del paisaje es grandioso, pero melancólico y yermo”. Sin embargo, como muchísimo más que los estratos a la geología material, la leyenda pertenece a la geología del hombre y su alma, el susodicho sabanero cervantino cuenta a su manera cómo, cuándo y de quiénes naciera la *Sabana*: con cataclismo prehistórico, es verdad, pero de esta guisa: “Huitacá, mujer bellísima, genio malo, corrompió a los hombres quienes olvidaron las enseñanzas de Bochica, el hombre blanco de larga barba que siglos antes había enseñado al pueblo a labrar la tierra, a construir casas, a tejer y teñir las mantas, a trabajar el oro, a regirse por leyes, a levantar el espíritu. Indignado por tal desvío, el dios Chibchacum hizo crecer los ríos Sopó y Tibitá, inundando la altiplanicie que quedó convertida en un inmenso lago. Las gentes huyeron a lo más alto de los montes, y desde allí, hambreados y desnudos, imploraron el auxilio de Bochica quien, compadecido, apareció una tarde sobre el arco iris, y con su largo bordón de oro, él, creador de la civilización chibcha, tocó las rocas que cerraban la llanura por el poniente y abrió paso a las aguas que, siglos más tarde, en su eterno correr y en aquel mismo sitio, habían de besar tumultuosas y solemnes, las espuelas del Vengador”. El viejo y encantador hidalgo de Santa Ana de Usaquén alude así a la tradición histórica de que el Libertador Bolívar, puestas las botas de campaña y calzados los espolines, dio un salto de piedra a piedra por entre las cuales el caudal se precipita en catarata.

De aquel episodio de la mitología aborígen deriva la hermosa leyenda que eslabona y hace aparecer coetáneo el arribo de Bochica a los dominios del Zaque, con la migración evangélica de los discípulos de Jesús de Galilea; particularmente con la incógnita del rumbo que tomara y término que hallara tal vez uno de los Hijos del Trueno, o algún otro cuyo periplo final se desconoce. Inducción prehistórica o piadosa fantasía ancestral, acerca de ello solo existe el testimonio geológico que fija en veinte siglos —precisamente en 20!— la edad del cinturón de rocas que alza al espacio este almenazo alcázar “donde es grato pensar” y cuya tectónica cavó el horri-sono abismo de el Salto. Ensueño de poetas o realidad de geofísicos, el éxodo de los Apóstoles desde el Asia Menor coincide cronológicamente con la desecación de ese imperio lacustre y con el pausado retiro de sus aguas hacia el vértice del Tequendama.

La vetusta Santa Fe fue andando en lento pero firme alcance para la pujante urbe capitalina colombiana, sin dejar por ello, antes bien conservando como sello y blasón de estirpe contrastes de innegable interés, ya para el visitante, ya para el hombre de estudio; igual para el turista que se satisface con la eurítmica impresión visual, que para quienes la recorren tratando de asimilar en hábitos o en lineamientos algo del alma recóndita, tan latente en los perfiles de la nueva urbe como en los ángulos recoletos del viejo burgo colonial. Muéstranse en ellas las múltiples y pu-

lidas facetas de su tallado: indulgente y amable, o severa y hierática; sonriente en sus jardines, pensativa en las callejas umbrosas; alegre en sus escenas virgilianas; otante y recogida en la oración de piedra de sus templos. Así como al término de la llanura apacible se alzan sin transición, abruptos, los cerros tutelares; o a semejanza de su recinto urbano, donde sobre un desnivelado horizonte de ennegrecidos tejados, emerge de repente, como un anatema, la mole rectangular de un rascacielos así de esta ley del contraste que gobierna su telúrico ambiente surge el rasgo esencial de la ciudad cosmopolita y antigua, plena siempre de gracia y en renovada juventud bajo las austeridades de su atuendo. La misma luz que retoza sobre la ortogonal silueta de una edificación ultramoderna, tórname estática al relieves los contornos de un saledizo castellano o de un portallón mudéjar. Tal es el espíritu de esta muy amable y muy castiza ciudad de Bogotá.

La pequeña Atenas que en sus comienzos se integrara como burgo realengo, de encomenderos y oidores, de gamonales y pecheros, fue cubriendo lentamente pero con firmeza su proceso hacia la jerarquía de ciudad. Y va alcanzándola, no por ser cruce de rutas fenicias, sino como obligado punto de tránsito y escala de todas las ideas. Signado quedó para siempre su destino: antes que el estruendo y las dimensiones de lo meramente mecanizado e industrial, ella fía a los valores axiológicos de la naturaleza y del espíritu la razón de su vida y la perennidad de su presencia en la historia.

Vibradora verdad y belleza exacta las que puso Guillermo Valencia en aquella *prosa amartillada*, exóticamente suntuosa en el poeta de *Ritos* para el homenaje a Santa Fe de Bogotá, en algún otro aniversario de esta ciudad que tanto amó y lo amó:

“Si hoy hablas en inglés, alemán o francés, y en polaco y hebreo, y pareces muy otra, eres siempre tú misma; tu majo contoneo, tu enigmático brillo, nadie tuvo jamás. Santa Fe te llamaron, Madona de Murillo —¿por tu arrobo en el éxtasis y tu mirar sencillo? Mejor encarnas tú la Virgen del Salzillo, con tus ojos gitanos, con tu oscuro cabello, el torneado cuello y tus desnudos pies que más parecen manos— ... Hay un ritmo que envuelve tu vivir: es sonoro y es fino y musical. Ni el escabel de oro, ni el épico timbal, ni el sistro de metal dan el tañir suave, claro y dulce y marcial de tu frágil campana de cristal— ... Distinción es tu norma: de finura blasón y en medida se inspira quien se llegue a tu estancia. De tacto y donosura se adorne quien aspire a gozar tu arrogancia: la arrogancia española y el estilo de Francia.